



África Vidal Claramonte, *Traducción y literatura translingüe. Voces latinas en Estados Unidos*, Madrid / Fráncfort del Meno, Iberoamericana / Vervuert, 2021, 202 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/her.24.2022.515-518>

Una incógnita preside *Traducción y literatura translingüe* desde la propia portada. En esta, vemos un sólido muro de barras de acero; a este lado del muro, una tierra árida, con vegetación escasa y amarillenta; más allá de él, tan solo se adivina la promesa de un cielo azul. Se trata de la frontera entre México y Estados Unidos, símbolo por antonomasia de la fragmentación artificial que el ser humano impone a su mundo, y de cómo se codifica la representación de cada territorio: si la fotografía se hubiera tomado desde el otro lado del muro, el suelo habría sido exactamente el mismo, así como el azul de la bóveda. Pero las dinámicas culturales y el ejercicio de poder connaturales a nuestra especie han llevado, desde hace siglos y en todo el orbe, a trazar líneas divisorias en tierras y en cielos que nada tenían de diferente. La incógnita, por tanto, es la siguiente: ¿cómo mirar más allá del muro?, o, mejor dicho, ¿cómo mirar a la vez hacia ambos lados del muro? La literatura translingüe, como creación híbrida que aúna voces e identidades de distintas culturas y regiones, es el ejemplo perfecto de visión transfronteriza: una mirada atravesada de lleno por las barras de acero.

África Vidal Claramonte, disconforme con las restrictivas categorías tradicionales y acostumbrada a explorar los confines transdisciplinares —véase cualquiera de sus publicaciones previas—, aborda en este volumen, tan necesario y oportuno en nuestros tiempos, el conflictivo concepto de *frontera* en el contexto de los movimientos migratorios derivados de la globalización y sucedidos desde las últimas décadas hasta nuestros días. Un fenómeno que evidencia que ya no existen las naciones-Estado como las conocíamos, ni tampoco las identidades puras, esenciales y homogéneas, sino que toda estructuración o producción humana es por naturaleza mestiza, líquida, fruto de la mezcla y el diálogo entre elementos culturales de diversa índole y procedencia. En definitiva, toda forma de lenguaje nace en la frontera, tanto literal como simbólica, entre el yo y el otro —si es que el yo deja de ser el otro en algún momento—.

Para ilustrar esta perspectiva abstracta, Vidal Claramonte toma como punto de referencia la literatura translingüe escrita por autoras y autores que, habiendo nacido y/o residido en Estados Unidos, hunden sus raíces en la

cultura latina. De ahí el subtítulo de la obra, tras el cual se esconde una larga nómina de artistas que se podrían definir como «exiliados, diaspóricos, híbridos, étnicos, transnacionales, desterritorializados, extraterritoriales» (p. 66). Una certera selección de escritoras y escritores cuyos textos son el reflejo de su propia identidad híbrida y plantean todo un desafío para quienquiera que se atreva a traducirlos: ¿cómo traducir la voz heterotópica de quien habla desde varios *loci* culturales?

Traducción y literatura translingüe comienza con un prefacio de Georges L. Bastin, versado en la materia y con una idea muy clara: que la obra de Vidal Claramonte constituye una diatriba contra el monolingüismo —un paradigma hegemónico e impuesto—. En efecto, la propuesta de la autora se incardina en un marco teórico absolutamente puntero que, a su vez, se cimienta en una amplia y sugerente terminología: posmonolingüismo, heteroglosia (o transglosia), *translanguaging*, transidioma, *polylingualism*, *metrolingualism*, *linguascape*, etc. A todos estos conceptos y modelos subyace una misma clave: que el lenguaje es la herramienta con la que se expresa, forja y (re)configura constantemente la identidad, de modo que la apología de la diversidad lingüística entraña, en última instancia, un alegato a favor de la inclusión y la pluralidad. En este sentido, como también aprecia Bastin, la obra de Vidal Claramonte es una demostración de solidaridad y una defensa de un mundo en el que todos los individuos caben por igual, sin que la hibridez conlleve marginación.

Tras la introducción (pp. 13-16), que es más bien un manifiesto por el translingüismo y el mestizaje cultural, entramos de lleno en el primer capítulo, «El vaivén de la vida: los espacios fronterizos de la literatura» (pp. 17-50). Aquí encontraremos, quizá, la mayor densidad conceptual del libro: en esta sección se expone y desarrolla, con una agudeza formidable y con un abundante respaldo bibliográfico, la perspectiva teórica por la que apuesta Vidal Claramonte. En un ejercicio de firme compromiso político, la autora traza un minucioso itinerario por los no-lugares que la globalización, que prometía todo al alcance de todos, nos ha dejado en herencia: campos de refugiados, *checkpoints*, orfanatos, aeropuertos o alambradas; en suma, zonas periféricas de las que el sistema reniega, que no pertenecen al aquí ni al allí, donde la identidad se desdibuja y el yo queda reducido a un pronombre aséptico. Estos *topoi*, que trascienden lo binario y se definen por el *entre*, son en el fondo «espacios en constante movimiento, espacios fronterizos, liminales, líquidos, híbridos, (...) el escenario de gran parte de la literatura contemporánea de todos los continentes» (p. 19). Efectivamente, en este punto se empieza a explorar cómo estas identidades complejas, condicionadas

por factores geopolíticos, codifican sus singularidades por medio del discurso literario.

Precisamente ese será el objetivo del segundo capítulo, «Hacia una literatura translingüe» (pp. 51-82): analizar cómo en la literatura se manifiesta la identidad de aquellas personas que no se comunican necesariamente en la lengua del país en el que nacieron o crecieron. Para ello, Vidal Claramonte partirá de la premisa de que «el lenguaje es muchos lenguajes» (p. 14), es decir, que los textos, al igual que las identidades, son constructos palimpsésticos: un texto nunca es una simple sucesión de signos, sino que cada palabra es depositaria de inúmeros ecos e historias. Visto así, un texto es también fronterizo, en cuanto que se mueve *entre* otros textos y converge en él un sinfín de significados; de ahí que la literatura sea un espacio heteroglósico perfecto para la reivindicación de identidades igualmente transculturales. A lo largo de este apartado, la autora se encarga de aportar un representativo muestrario de escritoras y escritores —de cualquier parte del mundo— que encarnan a la perfección la discordancia, si no el conflicto, entre su lugar de nacimiento o residencia y su(s) lengua(s) de expresión.

El tercer capítulo, que se titula «Las orillas del español» (pp. 83-136) y es el de mayor extensión, está consagrado a la literatura translingüe escrita por autoras y autores de ascendencia latina, en especial mexicana. Voces que han pasado la mayor parte de su vida en Estados Unidos, pero que no olvidan que su lengua es su seña de identidad y también un medio de subversión. Estas páginas se detendrán en nombres —y en sus respectivas obras— tan significativos como Gloria Anzaldúa, Junot Díaz, Ilan Stavans, Sandra Cisneros, Ana Lydia Vega, Ana Castillo, Luis Rafael Sánchez, José Antonio Burciaga, Gina Valdés o Rolando Hinojosa-Smith. Una lista de artistas en cuyas palabras descubriremos el mestizaje en todo su esplendor, la plenitud del palimpsesto: sus textos son la prueba de que el lenguaje es un cúmulo de estratos culturales que se superponen y se contaminan —en el mejor sentido posible—. Y esta sublime impureza translingüe será un emblema transgresor con el que posicionarse políticamente a favor de lo diverso, de lo heterogéneo, y abiertamente en contra del esencialismo y la falsa sensación de unidad que fomenta el monolingüismo.

Finalmente, el cuarto capítulo, sugestivamente titulado «Vidas traducidas» (pp. 137-170), aborda de lleno el papel que desempeña la traducción en la consolidación identitaria de cuantas personas, escritoras o no, se encuentran en la misma situación que las autoras y autores que hemos visto a lo largo del libro. Entenderemos la traducción no solo en su sentido más tradicional, como operación interlingüística por excelencia y, por tanto,

indispensable para quien vive entre lenguas y fronteras, sino también desde una perspectiva más figurada: la vida de quien está siempre sujeto a cambio, de quien se define por sus diferencias con respecto a la norma, de quien existe a caballo entre culturas, es una vida en perpetua traducción. De ahí que Vidal Claramonte sostenga que «los escritores migrantes viven la traducción, viven traducidos, en un espacio intermedio transnacional donde reaparece una y otra vez la relación entre lenguaje y poder» (p. 138). Más allá del fundamento traslativo que caracteriza a los individuos translingües, este capítulo reflexiona sobre el desafío de traducir a quienes ya viven traducidos: ¿cómo respetar la heteroglosia de un texto que es polifónico por naturaleza?, ¿cómo preservar la riqueza cultural al trasvasarlo a otro(s) idioma(s)? En esta sección, la autora trata de responder a estas cuestiones por medio de ejemplos muy numerosos e ilustrativos.

La obra concluye con un extenso apartado bibliográfico, en el que se recoge toda la literatura sobre la que Vidal Claramonte, con un conocimiento asombroso y muy actualizado del estado de la cuestión, construye sus tesis. A este virtuoso manejo de las fuentes se suma, cómo no, una sensibilidad analítica que deslumbra en cada extracto citado: el conocimiento teórico y la intuición práctica se conjugan a la perfección a la hora de interpretar textos literarios tan complejos como los presentados en *Traducción y literatura translingüe*. Al llegar a la última página, tendremos al fin muchas posibles respuestas, pero en nuestra mente seguirá latiendo la pregunta que ya se insinuaba desde la propia portada: cómo escribir, cómo traducir una voz entre dos tierras que en realidad son la misma, una voz que es una y más de una, visceralmente atravesada por un muro de barras de acero.

JAVIER ADRADA DE LA TORRE
Universidad de Salamanca
jabo@usal.es